

acercaron á su celda como llevamos dicho, y acercando el P. Fr. Rafaél Luque el oído á la chapa de la puerta, oyó perfectamente que "Benedícite" hablaba en voz alta con alguna persona.

Pasado un interválo de silencio, oyó que con voz clara decía: "No, hombre, no puedo ya te digo que no puedo" y seguía articulando palabras incoherentes ininteligibles.

Consultaron los padres entre sí, sobre quien podría ser la persona con quien hablaba; supuesto que á nadie se había visto entrar. Por último resolvieron entrar á ver, temiendo no fuera á sucederle una desgracia como en otro tiempo pasó al Provincial del convento grande de San Francisco, con el relojero Manuel de la Carrera.

Se decidió por unanimidad que el P. Luque entrara á ver de que se trataba, lo cual verificó luego cautelosamente.

No bien había entrado, cuando vió caer á "Benedícite", privado de sus sentidos.

Entraron los demás religiosos, y le prodigaron sus atenciones no sin quedar perplejos y espantados al ver que no había nadie dentro, mas que "Benedícite."

Por muchos días perdió la razón. Se le llevó para el convento de la Cruz y por espacio de muchos días se le vió sentado al pie de la palma que existe en la huerta, contemplando el espacio, siendo su tema dominante la inmensidad y atrocidad de las penas del Purgatorio.

Pasó tiempo, recobró enteramente sus sentidos; pero jamás quizo revelar con quien hablaba esa noche.

Las tradiciones del convento traían una leyenda sobre los espantos del P. Ramírez, religioso que fué del mismo convento, y el cual recién muerto, todas las noches venía á espantar á la comunidad, porque decían que andaba en pena; y como desde esa noche cesaran los espantos, ruidos y demás, creen que "Benedícite" lo sacó de penas confesándolo.

La leyenda del P. Ramírez fué admitida como cierta no sólo por la comunidad, sino por todo el vecindario que conoció y supo apreciar las virtudes del P. Arréguy, y conoció también al P. Ramírez y supo su clase de vida que llevaba en el convento; y de aquí que á pié en juntillas se creyó generalmente que esa noche, "Benedícite" confesaba á una alma del otro mundo, y que esta fué del P. Ramírez.

LIX.

El Señor de la Portada.

Un siglo va más ó menos
Que aconteció este suceso,
Dando origen á una fiesta
Que celebra este convento
De Agustinos religiosos
Siendo del arte un portento.

Es la sin par maravilla
 Descollando entre los templos,
 Que hermosean nuestra ciudad
 Honra y gloria de arquitectos;
 Orgullo de esta provincia
 Y admiración de extranjeros.

En lazos indisolubles
 De amistad la más estrecha,
 Vivían con los misioneros
 Los padres deste convento;
 Razón por la cual hacíanse.
 Sus visitas de etiqueta.

En el Colegio Apostólico
 Y en una visita de estas,
 Se encontraba el provincial
 Hablando de sobremesa
 Con aquellos religiosos
 De Dios y de su grandeza.

Cuando el grave religioso
 Y Guardián de aquel convento,
 Refirió que cierta duda
 Tenía desde mucho tiempo,
 La cual quería esclarecer.
 Relativa á este convento

Mencionar antes yo debo
 Que la fachada del templo,
 Es obra acabada de arte
 En la ciudad sin ejemplo
 Y entre las muchas estatuas
 Que colocó el arquitecto,

Llamado de la portada
 Se ve un Cristo muy perfecto (1).

Mas volviendo al religioso
 De la duda, dicho llevo,
 Que al reverendo agustino
 Detalló precisa luego,
 Refiriendo que á deshora
 Poco después de la queda,
 Una antorcha luminosa
 Observaba de su celda,
 Que por estar en altura
 Veíala clara y perfecta
 Centelleando noche á noche
 Junto á la imágen aquella.

El provincial agustino
 Quedóse de estupor lleno,
 Y de asombro henchido vióse
 Tal maravilla en oyendo
 De labios de aquel crucífero
 Que no dudó darles crédito;
 Pues jamás ninguna luz
 Había dispuesto ponerle,
 Al santo Cristo aludido
 Ornamento simplemente.

Y ansioso sobresaltado
 Volvióse luego al convento,
 A sus colegas y hermanos

(1) Icazbalceta, en el Tomo XVIII de la Biblioteca de Autores mexicanos, publicada por el Lic. D. Victoriano Agüeros, refiere que había en esta ciudad una imagen titulada El Cristo de la Puerta, y como no conocemos otro, creemos que hace referencia á esta misma imagen.

El suceso refiriendo,
Proponiéndose aclararlo
Otro día en amaneciendo.

La del alba aún no llegaba
Y en las afueras del templo,
Se veían todos los padres
Sabedores del suceso,
Observando minuciosos
La fachada de cantera
Sin encontrar ni remota
Alguna señal siquiera,
Que algún tiempo allí cercano
Algún farol sostuviera,
Que alumbrara al santo Cristo
Ornato de aquella iglesia.

Mas no cesó aquí la historia;
Pues aquel Provincial celoso,
Vuelve á la noche siguiente
Hácia el Colegio Apostólico,
Y situándose en la celda
Del misionero dudoso,
Admira la maravilla
De aquel hecho prodigioso;
E inspirado por aquello
Proveyendo al día siguiente,
Puso al lado de la imagen
Un farol de luz ardiente,
Que desde entonces ahora
Se observa constantemente;
Y no agotando su celo
Esta pequeñez, ferviente

Celebra función muy régia
Tal como hoy de solemne.

De esta manera esta imagen
Dió á conocer á este pueblo,
Su voluntad á que luego
Así culto se le diese,
Consolando y protegiendo
A quien á él acudiese.

Lo que al principio creyóse
Capricho del arquitecto,
De renombre convirtiése
En imagen del convento
Venerada de agustinos
A causa de este portento.

Tal es ¡oh lector amigo!
Del Cristo aquesta leyenda,
De la portada llamado
Por estar sobre la puerta;
Socorro pronto y amparo
De quien á él se encomienda.

LX.

Memorias de un insurgente.

Primero su caudal después la vida
Sacrificó por su nación querida,
Y en pago de su afecto y heroísmo
La negra ingratitude, el egoísmo.

EL nombre de una de las primeras víctimas de
nuestra independencia, como dice un reco-

mendable escritor jalisciense, aparece por primera vez en la historia de los acontecimientos memorables de esta ciudad, el 13 de Septiembre de 1810. Este fué el ilustre patriota D. Epigmenio González, de quien los historiadores fuera de este hecho, nada vuelven á enarrar.

La presente leyenda tiende á detallar los rasgos más salientes de la vida de este héroe, mártir lleno de abnegación en favor de su patria, ignorados hasta hoy; los cuales debo á la deferencia de un estimable colaborador de EL MERCURIO de la prensa de Guadalajara, vecino de aquel héroe, en cuya ciudad pasó los últimos años de su vida.

Omito detallar los acontecimientos ocurridos en aquellas fechas escritas en letras de oro en las páginas gloriosas de nuestra historia patria, por ser demasiado conocida la parte que en ellas tomó nuestro héroe. Descorramos el velo de los tiempos y sigamos sus pasos, aunque á grandes rasgos, desde su nacimiento.

En esta ciudad vió la luz primera el año de 1778, habiendo nacido de padres hispano-mexicanos, recibiendo de ellos una educación esmerada.

Apenas comenzaba á sonreírle la juventud cuando perdiera sus padres, dedicándose al comercio y demás atenciones, legado de aquellós.

En este tiempo germinaban ya en nuestro joven los sentimientos patrios que más tarde le ocasionaron una cadena de largos sufrimientos.

La muerte misteriosa y repentina del Lic. Verdad, en México, por las agudezas de Yermo, vinieron á echar por tierra las ilusiones que en 1808 veía cercanas á realizarse nuestro héroe. Mas esta de-

cepción no desmayó el incansable afán de su levantado espíritu, sino que dióle nuevos bríos convirtiéndolo en uno de los más ardientes propagandistas de la idea que dominaba su cerebro.

A pesar del negro porvenir que su hermano Emeterio le predijese, no vaciló en ponerse en contacto con Allende, el Corregidor Domínguez y su esposa, que era el alma de la conspiración. Esto pasaba en 1809, y cuando cierta vez por la centésima, su hermano le advirtiese lo expuesto de la empresa, le contestaba: "*Estoy dispuesto á sacrificarlo todo en bien de mi patria.*" La historia se encargó de corroborar su aserto.

El plan adoptado por Hidalgo y comunicado á González era el siguiente:

Proclamar el 1º de Octubre la independencia á la vez en Dolores, Valladolid, (Morelia,) Guanajuato y ésta; concentrar las fuerrzas en esta ciudad para hacer frente al grueso del ejército realista; permanecer aquí hasta Noviembre con objeto de hacer la entrada triunfal en México el 12 de Diciembre de 1810 (1).

Para conseguir este objeto, D. Epigmenio no vaciló en sacrificar sus haberes preparando armamento suficiente, el cual debía poner á disposición de Hidalgo en los días del 20 al 25 de Septiembre. Huelga referir que esta fué su ruina, como se ha repetido tanto por los historiadores; así coma la prisión que le precedió, motivada por la delación del traidor Arias.

(1) Relación tomada de confidencias íntimas de nuestro héroe á persona de sus confianzas.

Después de haber sido apresado la noche del 14, fué trasladado en rigurosa incomunicación á México en donde el Virrey Venegas le ofreció el indulto si delataba á sus compañeros y descubría los secretos de la conspiración. ¡Efímero empeño! nada contestó ni á las promesas ni á las amenazas.

En vista de esto fué llevado para Acapulco, en donde permaneció hasta que en los últimos días del mismo año llegó la real orden, por la cual fué deportado en compañía de otros, á un islote cercano á las costas asiáticas.

En húmeda mazmorra pasó nuestro patriota lo más florido de sus años, con pesadas cadenas en sus pies, cuya presión entumeció uno de esos miembros para siempre y cuyas perpetuas llagas lo llevaron más tarde al sepulcro. (1)

Triunfó por fin el partido en 1821, y esto no obstante, el Sr. González continuó en su martirio, porque los primeros gobernantes á raíz del triunfo, olvidaron que éste debíase al patriotismo de pocos, confirmado por las cadenas y el destierro. ¡Esa y no otra, ha sido siempre la más notable flaqueza en la humanidad! La ingratitude. . . .

Entretanto, D. Epigmenio permaneció en su destierro y prisión, hasta 1837 en que con motivo del tratado de Isabel II de 28 de Diciembre de 1836, se hizo memoria de los pobres olvidados, debido al benigno corazón de D. Nicolás Bravo, quien al subir al poder en 1839 lo rehabilitó, le dió todos sus haberes nombrándolo á la vez vigilante en propiedad de la casa de moneda de Guadalajara.

(1) Estas cadenas las conservó en su poder hasta la muerte,

Su regreso á la capital después de 26 años de expiar el crimen (?) de hacer feliz á su patria, lo hizo primero obteniendo el pasaje del buque del desprendimiento de un español amigo suyo, y después lleno de peripecias y miserias en tan largo trayecto desde el puerto de San Blas á México.

A su regreso de la capital, estuvo en esta ciudad en donde socorrió con creces á una tía y sobrinos que aun encontró, pasando á fijar su residencia en Guadalajara, de donde jamás volvió.

Poco después compró una casa en el barrio de la Mazmorra (hoy de la Canela) en donde vivió hasta su muerte.

Estando empleado, ocupaba sus ratos de ocio en cultivar la linaza, el ajeno y otras plantas de cuyas fibras sacaba su pequeña industria, trabajo que hacía personalmente y del cual se sostuvo al quitársele el empleo por el cambio de partido.

Fué caritativo con el necesitado y sin ostentación, como pueden certificarlo los descendientes de la familia Orta, vecina suya, á quien socorría con largueza.

Los mundanos que de todo juzgan sólo por las exterioridades, llegaron á tenerlo por loco, porque en la fecha memorable del 15 de Septiembre y al pasar el vitor por su ventana, trémulo ya y con mano vacilante apoyado en su enverjado, lleno de entusiasmo y derramando lágrimas de amor patrio, solía arrojar puñados de monedas á la muchedumbre, vitoreando con voz ya sepulcral, lleno de emoción, la independencia. Y cuando entre la multitud aparecía el estandarte con la efigie del Cura Hidalgo, su entusiasmo rayaba en delirio, y al-

zando las manos en alto, gritaba con toda la fuerza de que era capaz, derramando torrentes de lágrimas, ahogando el eco de su débil voz la gritería de la multitud y las notas entusiastas de nuestro Himno Nacional.

La multitud seguía su curso y nuestro héroe, agobiado más que por los años por tan largas y amargas decepciones, quedábase anonadado y sumido en un sinnúmero de encontradas ideas, cubriendo sus salientes pómulos con sus huesosas manos, permanecía insensato por largo tiempo, hasta que se iba despejando su agobiado espíritu.

El año de 50 fué atacado del cólera; pero se le atendió con esmero y salvó; mas no así de la enfermedad que le siguiera de los órganos digestivos, que unida á sus dolores crónicos lo llevó al sepulcro el lunes 19 de Julio de 1858.

Murió en su casa en la calle de "Los Pericos" en Guadalajara.

El elemento oficial faltó por completo á tributarle los honores debidos á nuestro héroe. La procesión fúnebre se compuso de los vecinos y alguno que otro amigo fiel del finado, coronando la obra la naturaleza cargada de nubes.

Fué sepultado en el patio del hospital de San Hipólito.

Allí permaneció su cadáver 32 años, hasta que el caballero D. Alberto Santoscoy (1) elevó su iniciativa al C. Gobernador D. Mariano Bárcena, á fin de que se trasladasen sus restos, lo cual fué

(1) Actualmente se ocupa este estimable amigo nuestro, en escribir las biografías de los héroes de nuestra independencia, entre los que se encuentra nuestro compatriota.

obtenido. En tal virtud y debido al patriotismo de los Sres. Tomás Bravo, Bustamante, Pérez Verdía, Salado y otros, se hizo la solemne traslación el 17 de Septiembre de 1890 (1).

No debo olvidar honrosa mención del Sr. Lic. D. Francisco Escudero y López Portillo, á cuyo empeño también se llevó á cabo esta levantada idea que honra demasiado á los jaliscienses.

Se calcula en 50,000 el número de personas que asistieron á este acto.

No se comprende por qué olvidaron colocar en la alacena donde fueron colocadas las cenizas de nuestro patriota, alguna inscripción siquiera que indicase á las futuras generaciones el último descanso de aquellos restos.

La prensa local en 1893 volvió á iniciar la traslación de aquellas cenizas á otra alacena más visible, y más que todo, la colocación de una lápida debida á los estudiantes de Jurisprudencia.

El 17 de Septiembre del citado año y después de trasladados los restos como y según la iniciativa, se descubrió la lápida de mármol negro que cubre su última morada, conteniendo en letras de oro la siguiente inscripción:

AL MARTIR DE LA INDEPENDENCIA
NACIONAL
EPIGMENTIO GONZALEZ,
LA SOCIEDAD DE GUADALAJARA,
A INICIATIVA DE LOS
ESTUDIANTES DE JURISPRUDENCIA.

SEPTIEMBRE 17 DE 1893.

(1) Así lo refiere EL MERCURIO OCCIDENTAL, núm. 77 publicado en este lugar.